

FRACASO

Para ese corazón al viento que es Jesús
Delgado Valhondo.

I
Yo sé que un ángel prendió

en mi espíritu su gracia

y que la tierra envidiosa

negó a mi carne las alas.

II

Mi mente, luz que no alumbró;

mi sangre, fuego en el agua.

(Pabulo del ansia muerta,

tizón de vida quemada)

III

Encadenado a este barro,

soñando vuelos del alma,

yo sé que es así—¡fracaso!—

la tragicomedia humana.

FERNANDO BRAVO Y BRAVO

Contradicción en torno a una mujer

A Don Santiago Montoto, respetuosamente.

EN el pasado mes de Marzo se cumplió el septuagésimo aniversario del fallecimiento de Casta Esteban y Navarro, viuda que fué del genial creador de las «Rimas».

Un velo gris, de indiferencia y olvido, se extiende, no sabemos si deliberadamente o no, sobre esta mujer. Todos, o la mayoría de los que han escrito sobre el poeta, parecen acordes en admitir que su matrimonio con Gustavo Adolfo fue desdichado.

Esta afirmación, cuya verdadera solidez desconocemos, descansa en una serie de indicios externos y en las suposiciones de algunos biógrafos contemporáneos del poeta, por lo que se ha tomado ya, en lo sucesivo, como verdad indiscutible. Los principales motivos que inducen a todos a creerlo así, tienen, a su vez, razón de ser al considerar las dotes intelectuales, y tal vez morales, de la mujer del poeta.

Y, sin embargo, es el caso que algunos detalles de la vida de la que fué nueve años compañera de sinsabores de Bécquer, están en desacuerdo con la creencia general que le atribuye incomprensión, vulgaridad y falta de inteligencia. Factores todos que podían determinar, de ser ciertos, la tan repetida infelicidad en su matrimonio con Bécquer. Si no hubo otros, además.

En cuanto a estas aseveraciones—poco halagüeñas para la mujer—en boca de los biógrafos del poeta, no hay duda posible ya que las lanzan sin el menor eufemismo.

López Núñez, autor de la «Vida anecdótica de Bécquer», escribe: «Equivalió (el matrimonio de Bécquer) al suicidio de un alma impaciente que, deslumbrada por una luz fatal, cayó al precipicio de una unión absurda.

Bécquer fué muy desgraciado en su matrimonio.

¿No se transformaría la mujer en elemento hostil de su esposo, a quien nunca comprendió?

¿No llegaría a pagar con altiveces y menosprecios la nobleza y la abnegación de un hombre que al elevarla hizo tal esfuerzo que tuvo él que descender? ...»

Obsérvese que tras la afirmación de que el matrimonio fué des-

graciado, el resto—y este resto es bastante más extenso de lo que citamos—son suposiciones, conjeturas.

Pero López Núñez no se conforma y aduce el testimonio de Eusebio Blasco, contemporáneo del poeta. Blasco, dice: «¿Cómo se explica que después de la pasión malograda de su juventud, fuese a caer en las vulgaridades de un matrimonio absurdo? A su viuda no se ha de negar honradez, carácter tranquilo y cualidades de mujer de su casa. ¿Pero es esta la mujer del poeta? ¡Ah! El poeta no debería tener nunca mujer: el matrimonio es enemigo mortal de la vida imaginativa. Bécquer fué desgraciado en sus pasiones; pero debió serlo aún más en su vida doméstica».

Y después de tachar a Casta de «ser vulgarísimo», habla de «la casa descuidada, el cuarto en desorden, la compañera del poeta que no sabe hablaros de nada», etc.

¿No hay discrepancia entre ese decir que era mujer con cualidades propias de la que es de su casa y ese cuarto en desorden y la casa descuidada?

¿Por qué afirma que Bécquer fué desgraciado en sus pasiones, y sin embargo, sólo supone—sin aseverar—que debió serlo más, en su vida doméstica?... Y menos mal que la considera honrada y tranquila.

Julio Nombela, escritor, amigo de Bécquer, escribía en «Impresiones y recuerdos»: «Podía tener de veintitrés a veinticuatro años, agraciada como la mayoría de las mujeres de la edad que representaba, nada extraordinario se notaba en ella: era, al parecer, una de tantas señoras como hay por el mundo desempeñando en una casa funciones útiles, que pueden ser y son fieles esposas y excelentes madres...»

¿Qué puede objetarse a estas líneas de Nombela? ¿Era forzoso que la mujer del poeta fuera signada en su exterior por una marca de «compañera del genio»? Y, sin embargo, las usa López Núñez para confirmar sus asertos.

Es lástima que Narciso Campillo, amigo de la infancia de Gustavo Adolfo, en su breve biografía de Bécquer, aluda al casamiento del poeta sólo con estas palabras: «Se me olvidaba decir que en 1861 había contraído matrimonio; verdad es que a él parecía habersele olvidado también, pues, apartado de su esposa, jamás le oí hablar de ella».

En realidad, vienen a sembrar un poco más de duda, aunque, en sí, no constituyan tampoco una acusación determinada sobre la posible falta de entendimiento entre los cónyuges. Nombela observa que Bécquer no habla de su hogar para nada, pero aclara en seguida: «No hay que atribuir aquella omisión a disgustos íntimos, a contrariedades domésticas».

César Barja, acertado comentarista de la obra poética de Bécquer, en un brevísimo trazo biográfico, escribe: «Contrajo un desgraciado matrimonio».

Federico Carlos Sáinz de Robles, en 1943, nos dice: «En 1861 casáronle sus amigos, Augusto Ferrán entre otros, con una mucha-

chita llamada Casta Esteban. Casta, natural de Soria, era pobre y no era guapa; sosa, vulgar. Con ella tuvo tres hijos a los que quería mucho. ¿Podía ser ella la musa de carne y hueso de un poeta como Bécquer? En modo alguno. Vinieron en seguida las rencillas. Vinieron en seguida los disgustos».

Por qué este afán de menospreciar a Casta? «Era pobre y no era guapa; sosa, vulgar», escribe el Sr. Sáinz de Robles.

Julio Nombela decía de ella que era «agraciada», y la conoció personalmente; el Sr. Sáinz de Robles añade a lo que todos dijeron de ella que «no era guapa» y habla de su pobreza. Como si fuera la pobreza un cargo más que añadirle. Si Casta Esteban, hija de un modesto cirujano, no hubiera contraído matrimonio con Bécquer, tal vez hubiera gozado de días más apacibles y, probablemente, su muerte hubiera sido menos dolorosa.

Eusebio Blasco, entendemos que dió una buena parte de la clave del problema, con aquellas palabras suyas ya citadas: «El poeta no debiera tener nunca mujer: el matrimonio es enemigo mortal de la vida imaginativa». De todas formas, no compartimos esta creencia enteramente.

Desde luego, Bécquer debió poseer un carácter sombrío, profundamente influido por su vida interior. La realidad, para él, se encontraba entremezclada con su exuberante fantasía, con la melancolía de su espíritu, con sus visiones poéticas y febriles, con su hipe- restesia.

Su enamoramiento platónico de Julia Guillén, a quien le bastó ver una tarde asomada a un balcón, para sentirse prendado de ella, es prueba excepcional. Más tarde, cuando un amigo—Julio Nombela—se ofrece a presentarle su amada ideal, el poeta se opone. Prefirió seguir soñando con la mujer que vió aquella tarde de su paseo, que siguió viendo otras muchas tardes, pero siempre desde lejos, a tratarla y deshacer con ello el encanto.

¿Fué éste el único amor de Bécquer? ¿Fué Julia Guillén la única inspiradora de las «Rimas»? En una palabra, ¿su propia esposa, Casta, no fué musa de los versos de Bécquer?

De nuevo surgen las conjeturas. No hay afirmación categórica, que, por otra parte, habría de venir del poeta para ser aceptada.

Parece evidente que cuando conoció el poeta a la que había de ser su compañera, y gozando de antemano con el solo pensamiento de un cariño sincero, escribió para ella, «prorrumpiendo en alborozada salutación»—como dice López Núñez—, aquellos versos que comienzan:

«Tu aliento es el aliento de las flores,
tu voz es de los cisnes la armonía...»

Pero nos parece excesivo pretender, sin fundamento, que aquella «Rima»:

«¡No me admiró tu olvido! Aunque en un día

me admiró tu cariño mucho más,
porque lo que hay en mí que vale algo
eso... ¡ni lo pudiste sospechar!»

pueda encerrar «toda la tragedia íntima de su vida matrimonial».

Es de notar que el poeta nunca se quejó, entre sus amigos, de su matrimonio. Ha vuelto a surgir, pues, la suposición.

Don Juan Valera, nos da, a través de Barja, su opinión respecto a las posibles inspiradoras de las «Rimas», y dice: «Yo me atrevo a sospechar que ninguna de estas mujeres (las que canta Bécquer en sus rimas) vivió jamás en el mundo en que todos corporalmente vivimos. Quiméricos son, en mi sentir, cuantos amores dan asunto a los versos de Bécquer y cuantas mujeres los inspiran».

Pero, inmediatamente, el comentarista contrapone su opinión, a la de Valera, y afirma: «Para nosotros, es indudable que hay en las rimas uno o más amores reales, una o más mujeres de carne y hueso, a las cuales, quizás por no ser más que de carne y hueso, el poeta vistió de un ropaje brillante, en la tela espiritual de su fantasía amorosa».

Sustentamos esta misma opinión. El mismo Bécquer en la «Introducción» a parte de sus obras, fechada en Junio de 1868, escribe: «Me cuesta trabajo saber qué cosas he soñado y cuáles me han sucedido. Mis afectos se reparten entre fantasmas de la imaginación y personajes reales. Mi memoria clasifica, revueltos, nombres y fechas de mujeres y días que han muerto o han pasado, con los días y mujeres que no han existido sino en mi mente».

Las palabras del poeta no admiten duda. Sus versos deben ser, según ellas, una mezcla de fantasía y realidad. Como era previsible. Como sucede a la mayoría de los escritores.

Y aceptado esto ¿cómo determinar cuáles se refieren a seres reales y cuáles no? Y aún pudiendo lograrse tal separación, ¿cómo fijar los que pudieran referirse a Casta?

Todo es suposición; suposición simplemente. Hemos leído en varias ocasiones que las «Rimas» de Bécquer aparecieron, originalmente, la mayor parte de las veces sin firma, muchas veces sin título... ¿Cómo iban a llevar dedicatoria, salvo en caso excepcional?

Por otra parte, esa falta de compenetración entre marido y mujer debe estar reñida un tanto con la realidad indiscutible de sus hijos, habidos en el espacio relativamente corto—nueve años—en que vivieron unidos hasta la muerte del poeta.

Al llegar a este punto, nos apena, ciertamente, dar cuenta de una nueva aportación al tema. La hemos hallado, casualmente, en uno de los primeros números de «La Estafeta literaria», que vió la luz en 1944. En la primera página de la revista, sin firma, aparecen unas líneas sobre la vida sentimental de Bécquer. Se citan diversos amores del poeta, se indica que de sus tres hijos, uno fué natural, y los otros dos, habidos con Casta. A ésta se la acusa de haber engañado al poeta; de haberse separado ambos para reconciliarse más tarde

y, en fin, se habla de la vida dudosa de esta mujer, muerto ya Bécquer. Todo desagradable, amargo, contradictorio.

Al comienzo de este trabajo hemos señalado los hijos que según López Núñez y Sáinz de Robles tuvo el poeta con Casta en número de tres, «La Estafeta literaria» habla de dos y un tercero natural. Para López Núñez, Casta era hija de un médico: «La Estafeta literaria» la menciona como hija de un notario... ¿Dónde está la verdad?

En el mismo número de la citada revista, en páginas interiores, Jaime Suárez, comentando un libro escrito por Casta Esteban, toca, de pasada, algunos aspectos que hacen referencia a la mujer del poeta. Pero el articulista tampoco se decide a asegurar nada definitivo. Habla de lo que «dicen», cita a Nombela, y recuerda un cuadro visto en Cádiz, en el que aparecen Casta, su hijo Gustavo y una sobrina. Su opinión respecto a Casta en el cuadro es ésta: «Desde luego, y esto es lo interesante, Casta no tiene tipo de criada: de continente reposado y amable, mira cariñosamente a su hijo. Su rostro ovalado no carece de delicadeza: morena, con la cejas arqueadas y un peinado de moda muy sencillo».

La opinión de Jaime Suárez sobre el libro de Casta es que no vale nada; fué un lamentable esfuerzo de aquella mujer para intentar, con sus doce cuentos, reunidos bajo el título de «Mi primer ensayo», aminorar la miseria en que se debatía.

Retrocedamos un poco en el tiempo. Hace algo más de veinticinco años, el poeta Iglesias Figueroa, amoroso recopilador de la obra más desconocida y dispersa de Bécquer, se apartó, respecto a Casta, del criterio general. En efecto, Iglesias Figueroa investiga, reúne datos que arrojen un poco de luz sobre las tinieblas en torno a Casta Esteban, y dice: «Hoy, teniendo reunidos, sobre mi mesa de trabajo, los resultados de mis investigaciones, veo cuán injustos fueron todos con aquella infortunadísima mujer, dotada de una sorprendente inteligencia y digna por todos conceptos de ser la compañera de Bécquer».

Cuando el poeta muere, nadie recuerda a la viuda, a sus hijos. Y la historia es triste, conmovedora. Casta Esteban queda sumida en la miseria. Algunos amigos de Bécquer costean una edición de parte de sus obras, y con ello viven algún tiempo la viuda y sus hijos. Un día cualquiera, un editor desaprensivo llega finalmente a hacerse dueño de las obras. Comienza el calvario: recurre a una suscripción de caridad entre amigos y admiradores de Bécquer haciendo constar las limosnas en un álbum. En 1882 marcha a París. Lleva unas cartas de presentación de Castelar. Son inútiles, vuelve a España, y nuevamente la lucha. Entonces se decide a escribir el libro citado ya, de cuentos. Es su último recurso para subsistir. En la dedicatoria a la marquesa del Salar, hace constar que ella no es escritora, que el libro es un recurso. Figueroa cita un párrafo que por su elocuencia vamos a transcribir: «Pobre y enfermo estaba mi ser, porque enferma y herida tenía mi dolorida alma, cansada de luchar contra mi destino, cuando se me ocurrió escribir estas mal trazadas líneas como último recurso para defenderme de la miseria

y del hambre, que en esta tierra, patria de Cervantes y Calderón, es la única herencia que, por desgracia, alcanzamos las viudas de los poetas, cuyos horrores y privaciones son la recompensa conseguida al brillo que a su patria dieron con sus plumas y su talento».

Poco después, recrudescida la enfermedad nerviosa que la aquejaba, esta mujer que ha luchado en la medida de sus fuerzas, ingresa en el Hospital General. Era exactamente el día 22 de Marzo de 1885. Una semana más tarde, el día 30, a las tres y media de la tarde, fallece Casta Esteban y Navarro, en la cama número 3 de la Sala 13 del Hospital. Recibió sepultura en el cementerio de Sta. María.

Este fué el final de aquellos quince años de batallar continuo, desde la muerte de Bécquer. No podemos creer que una mujer que llega a escribir como recurso para paliar sus necesidades y las de sus hijos, merezca ser tachada—por muy deficiente que sea su obra—de ignorante, de vulgar, de falta de comprensión.

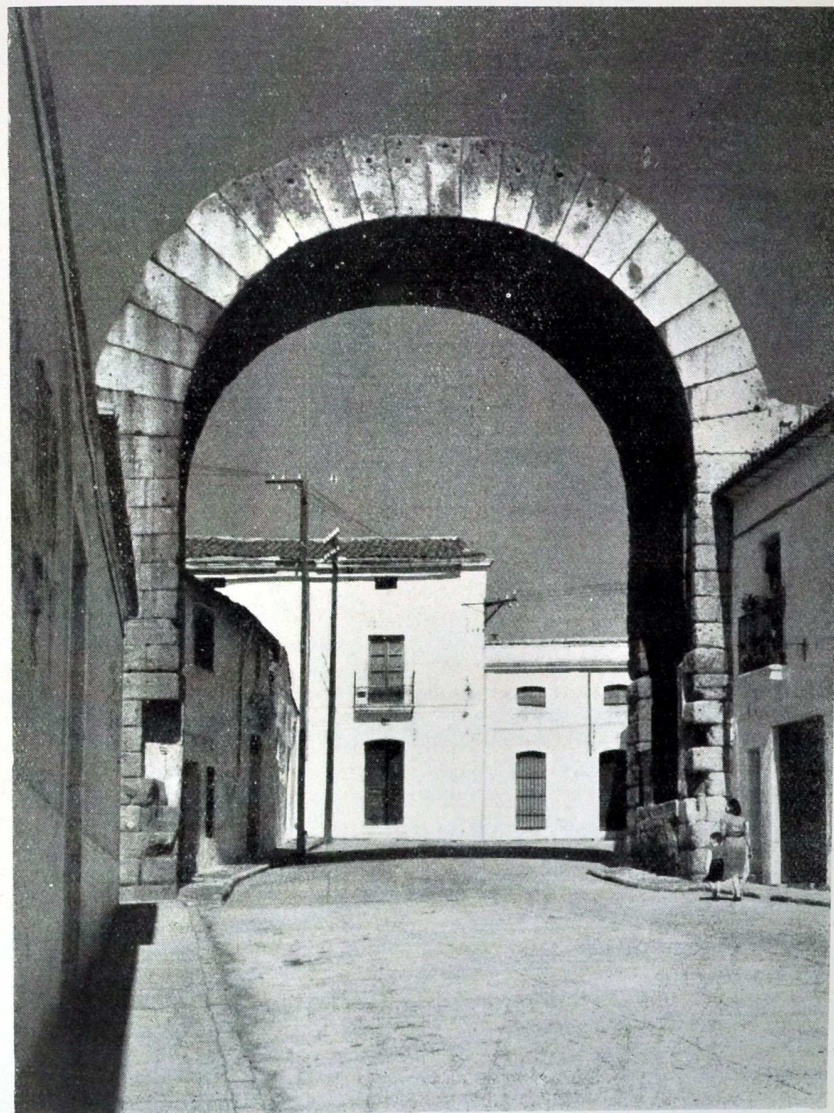
Cuando releemos el trozo citado de la dedicatoria de «Mi primer ensayo», saturado todo él de amargura, y de esa cierta grandeza que da la seguridad, el conocimiento exacto de su propia condición —«es la única herencia que, por desgracia, alcanzamos las viudas de los poetas...»—, algo en nuestro interior se opone a admitir tantas especies desagradables como circulan sobre su persona. Si su libro fué escrito en 1884 y ella muere al año siguiente—de esto no hay duda—, nos resistimos a creer que quién acude a la pluma para ayudarse, pudiera descender al último peldaño moral a que es capaz de llegar una mujer.

¿Hizo feliz al poeta? Nadie puede negarlo rotundamente. ¿Qué mujer hubiera necesitado Bécquer para satisfacer los anhelos de su alma, sus melancolías, su sed de infinito, de dulzura, de amor? Sólo una mujer ideal. Esa mujer a la que hemos adornado mentalmente con todos nuestros sueños, que no tiene existencia real; que nunca hallaremos.

Casta Esteban no podía transformarse en ser ideal por mucha voluntad que tuviera. Y una mujer de carne y hueso, rozando de continuo a un ser como Bécquer, apartado comunmente de la realidad, había de sentirse alejada de él, sin poder evitarlo. Por hacerlo así el mismo poeta.

Nos consta que en estas breves consideraciones—que tal vez un día ampliemos—, no hemos podido dar más que una visión reducida del tema; no hemos podido consultar cuantas biografías hubiéramos deseado, ni investigar originales, documentos inéditos. No obstante, si en este septuagésimo aniversario de la muerte de Casta Esteban y Navarro nuestras líneas hubieran conseguido arrojar un débil rayo de luz que lograrse hacer más clara, menos turbia, la memoria de aquella infortunada mujer, que debió sufrir horas bien amargas, nos daríamos por satisfechos.

JOSE FELIX NAVARRO MARTIN



ALBUM EXTREMEÑO.—Arco de Trajano, de Mérida